



#### PRECIOS DE SUSCRICION

UN AÑO. OCHO REALES en toda España. pagados por adelantado. Se publican cuatro números al mes. No se admiten suscripciones por menos de un año. Un número suelto, DOS CUARTOS en toda España. Números atrasados, UN CUARTILLO DE REAL cada uno. Las suscripciones dan principio desde el último número publicado, y siguen hasta igual día del año siguiente. Para suscribirse, remitir OCHO REALES á don Urbano Manini, calle de Villalar, núm. 6. MADRID. Las personas que deseen los números publicados, al hacer el pedido acompañarán su importe.

DIRECTOR

DON URBANO MANINI

ADMINISTRACION

Calle de Villalar, número 6, (Recoletos)

MADRID

#### MODO DE SUSCRIBIRSE

EN MADRID, satisfaciendo OCHO REALES en esta Administración, calle de Villalar, núm. 6, (barrio de Recoletos), se recibe á domicilio durante UN AÑO y cuatro veces al mes *La Ilustración Universal*.

EN PROVINCIAS, remitiendo OCHO REALES en sellos ó libranza á don Urbano Manini, calle de Villalar, núm. 6, MADRID. Se recibe semanalmente por el correo y porte franco durante un año *La Ilustración Universal*.

De *La Ilustración Universal* se tira una edición de lujo cuya suscripción cuesta 24 reales al año. ANUNCIOS:—A precios convencionales.

AÑO II.

DICIEMBRE.—1879.

NÚM. 90.

#### ADVERTENCIA IMPORTANTE

Pasan de 3,000 los suscritores, cuyo abono termina en el número 92 de LA ILUSTRACION, que se publicará dentro de 15 días.

La renovacion é impresion de nuevas fajas para tal número de suscripciones, es para esta Administración uno de los trabajos más complicados, y que necesita indispensablemente cierto tiempo en su ejecución para que ésta se lleve á cabo con el mayor orden.

A fin, pues, de que estas 3 000 renovaciones no se acumulen en un solo día, ROGAMOS MUY ENCARDECIDAMENTE á los señores Suscritores, cuyo abono termina en el número 92, se sirvan no esperar á última hora para renovar otro año de suscripción; y les agradeceremos infinito que, tomando nuestros ruegos en debida consideración, se sirvan ya desde luego, y cuanto ántes, remitirnos el importe de su suscripción para el próximo año que dará principio en el número 93.

(Véase el anuncio inserto al pie de la 4.ª plana).

#### LOS CAMINOS DE HIERRO

##### EL AÉREO DE NUEVA YORK

La necesidad, indispensable en los grandes centros de población, de acortar las distancias, necesidad de exigentes proporciones, allí donde la vida del comercio constituye cualidad distintiva, impuso á los norte-americanos la de poner en fácil contacto los barrios separados por cuatro, seis y hasta ocho millas de camino.

Era necesario que los habitantes de Nueva-Jersey, de las orillas del Hudson y de Long-Island, se comunicasen con la rapidez necesaria á la mayor conveniencia de sus distintos negocios, y se pensó en el medio de unirlos rápidamente.

Desechada desde un principio la idea de los caminos subterráneos, por el mucho tiempo que su construcción exigía, adoptóse el de los aéreos, y al cabo de muy poco tiempo, la calle de Greenwich (Nueva-York) era el punto de partida para comunicarse, por

nueve avenidas, con el camino de hierro de Hudson y la estación 30.

Cyrus W. Field, presidente de la compañía de estos caminos, ha ofrecido á los norte-americanos que en brevísimo tiempo y con rapidez hasta ahora desconocida, unirá todas las distancias dando vuelta á la isla.

El grabado de este número representa la estación de la Batería en la calle de Greenwich.

El precio de transporte, es el de 10 centavos por trayecto (ménos de media peseta).

Las paradas no exceden jamás de 30 segundos.

A cinco ó seis pulgadas de distancia del lugar que ocupan los rails, se alzan gruesas y macizas vigas, que á modo de pretil están dispuestas para evitar los accidentes de un descarrilamiento.

Los caminos de hierro aéreos necesitan indispensablemente ser montados en amplias y regulares calles, y con todos sus inconvenientes, tales como el ruido que producen y el efecto que causan en los animales que bajo de ellos transitan, significan un

adelantamiento, tan importante, como de seguros beneficios.

#### POLÍTICA

##### LA CRISIS

Debemos á nuestros lectores la verdad, y hemos de decírsela siempre tan clara y honradamente, como nos permiten nuestra sinceridad é independencia.

Ni tenemos para qué atender á las insinuaciones del espíritu de partido, ni, desde hace mucho tiempo, abrigamos la menor esperanza de obtener de las situaciones que vienen sucediéndose en el mando, cosa que de provecho sea para los verdaderos intereses del país.

Nuestro deber nos impone, sin embargo, tener á nuestros lectores al corriente de lo que sucede, y en este sentido, tan sólo, vamos á ocuparnos de la crisis que ha venido á poner término á la existen-





cia del Gabinete presidido por el general Martínez de Campos.

Para nadie fué un misterio los motivos á que obedeció la crisis anterior, la crisis de Marzo: para nadie era tampoco enigmática la intencion que presidía su desenlace.

Gastada en luchas, tan mezquinas como personalísimas, la pretendida influencia del llamado partido liberal conservador, hacíase necesario vigorizar de alguna manera el estado de cosas, contra el que, cada día más acentuadamente, protestaban la opinion y la prensa.

Y se pensó en la aplicacion de los tópicos, por todo remedio al mal de que el país se quejaba.

Formado despues de laboriosísima crisis el gabinete Campos-Silvela, vieron clara y distintamente hasta los menos perspicuos, que el poder que desde la restauracion hasta aquí, viene, aunque sin nombre constitucional dominándolo todo, imponiéndose á todo, y constituido en el más irresponsable de los poderes conocidos y respetados, habia sido el único autor de aquella situacion, á que se convino unánimemente en dar el nombre de *ministerio de verano*.

Las circunstancias le han dado alguna más vida de la profetizada; pero nuestros lectores saben que tan pronto como llegó el caso de que las Cortes reanudasen sus trabajos, y el gobierno se halló en condiciones de presentar á las Cámaras sus proyectos de abolicion de la esclavitud y reformas económicas en la Isla de Cuba, todos los mal llamados elementos del antiguo poder, izaron bandera de guerra, y con ridículos pretextos, á falta de razones sólidas y serias, hicieron pública su intencion de votar contra toda reforma, y anular todo proyecto, dando con ello el deplorable espectáculo de presentarse en flagrante contradiccion con sus propios amigos, y lo que representaban en las esferas del gobierno.

El general Martínez de Campos, patentizando una vez más la debilidad de carácter que le distingue, y confiando noblemente en que sus contemplaciones serian bien estimadas, prestó oído á las disfrazadas voluntades de los que sólo aspiraban á *enmendar proyectos, y modificar dictámenes*, y cuando por todos y en todo se daba como cierta y segura la inteligencia de los elementos conservadores, preséntase el Sr. Silvela en la casa del Sr. Cánovas, de este poder de que ántes hablábamos, irresponsable, dominador, impositivo, y de la noche á la mañana sabe el país, que tres de los individuos del gabinete, los Sres. Silvela, Toreno y Orovio, de acuerdo con los que se oponian á la presentacion de las reformas proyectadas, ofrecian al Presidente del Consejo de Ministros sus dimisiones.

Con este hecho coincidían la salida de casa, del convaleciente Sr. Cánovas, el restablecimiento del Sr. Sagasta, y... lo que ni tiene, ni puede tener explicacion satisfactoria, la llamada á Palacio del Sr. Posada Herrera, de una *exclusiva* personalidad: ausente por su gusto durante mucho tiempo de las Cámaras; y confesor espontáneo de la amargura que le producía asistir, por breves momentos, á la descomposicion de los partidos políticos.

Esto, no obstante, el Sr. Posada Herrera recibió de S. M. el encargo de formar ministerio.

Valdría tanto como declararnos desconocedores en absoluto de las argucias á que en determinados momentos obedece la política, si hubiéramos supuesto siquiera... que con toda su astucia, sofisteria y prácticas mefistofélicas, habia el señor Posada, hombre pasado de época, sin más significacion que la de su personalidad, sin partido que le autorice, ni representacion que le imponga, de conseguir el propósito que no vaciló en aceptar.

Y ya tienen ustedes al que hace pocos días deploraba la descomposicion de los partidos, corriendo á casa del Sr. Sagasta, para ofrecerle dos cartas, y devorando la repulsa, para hacer al duque de la Torre intermediario de sus proposiciones al jefe del partido constitucional; y ya tienen ustedes al corruptor por excelencia, enseñando una vez más sus mañas, para formar un gobierno heterogéneo, abigarrado, imposible.

*Habent sua fata libelli.*

El Sr. Posada fracasó en su propósito. ¿Qué quedaba?

Quedaba lógica, sencilla y elevadamente esperar que el partido constitucional sería el llamado á los consejos de la Corona.

Pero el partido constitucional tiene un vicio de

origen: vicio contra el cual no prevalecerán nunca ni uno solo de los dulcísimos arrullos con que el trovador de la Torre de Cameros trata de halagar voluntades, históricamente contrarias para él y los que aún se llaman *suyos*.

Tocábase, pues, la solucion apetecida; la sola, la única, la mejor de las posibles, deseada y salvadoras.

Lo que esperaba el ménos avisado.

Lo preconcebido.

Llegó el momento de llamar al Sr. Cánovas, y el Sr. Cánovas, cuyo patriotismo y virtudes cívicas son universalmente apreciadas, al recibir el encargo de formar ministerio, hizo presente á S. M. el Rey, el delicado estado de su salud para consagrarse en estos momentos á la árdua tarea de gobernar el Estado: hizo más; indicó á S. M. la conveniencia de confiar tan importante mision al Sr. Ayala, quien en su calidad de Presidente de la Cámara, dispondria indudablemente del asentimiento y apoyo de la mayoría.

Llamado el Sr. Ayala, y dispuesto á cumplir los deseos de S. M. el Rey, halló, no obstante, en sus propósitos, tal cúmulo de dificultades, tal género de obstáculos contra lo que era de esperar, dada su importantísima significacion parlamentaria, que vióse obligado á declinar la honra de que fué objeto, y en el caso de aconsejar á S. M., que nadie como el señor Cánovas podria llevar á término la solucion de la crisis.

Volvió á ser llamado el Sr. Cánovas, ya restablecido felizmente, y en condiciones de gobernar *ab eternum*, y... el ministerio fué un hecho.

Héle aquí:

Presidencia.—Sr. Cánovas del Castillo.

Estado.—Señor Conde de Toreno.

Gracia y Justicia.—Sr. Alvarez Bugallal.

Guerra.—Sr. Echevarría.

Marina.—Sr. Durán y Lira.

Hacienda.—Sr. Orovio.

Gobernacion.—Sr. Romero Robledo.

Fomento.—Sr. Lassala.

Ultramar.—Sr. Elduayen.

Naufrió, pues, el General, tal y como de antiguo se esperaba.

Con él fueron al agua las esperanzas de los abolicionistas.

Tendremos esclavitud, puesto que tenemos el ministerio de los que la sustentan.

Dios sea con nosotros, porque en la perturbacion á que nos reduce el desenlace de la crisis, figurárenos que hemos retrogradado políticamente algunos años.

Sospechamos, sin saber por qué, que estamos á fines del año 1866.

Ello dirá.

## LA VIDA

(CUADROS AL FRESCO)

### V

CUATRO AÑOS DESPUES

Tú lo quisiste,  
Fraile Mostén.  
Tú lo quisiste  
Tú te lo ten.

—Pues, hija, yo no puedo más!

—Pues hijo, es indispensable de todo punto, que hagas algo por dominar esta situacion, por salir del angustioso estado en que nos encontramos...

—Bien... pero dime, ¿qué quieres que haga?... ¿quieres que robe? ¿quieres que caiga sobre mí el fallo de la ley, y legue á mis hijos un nombre deshonrado? Tú lo ves; yo no perdono medio de atender á todo en cuanto lo permiten mis fuerzas y recursos. Te entrego íntegra mi humilde, pero libre paga; te doy, además, cuanto por extraordinario me proporciono dando lecciones. ¡Dando lecciones yo! yo, que las necesito de todo, y de cualquiera!

—Pues ello es preciso, fatal, ineludible; estas pobres criaturas están desnudas. Tú no puedes ya sa-

lir á la calle ni medio decorosamente; y de mi estado no quiero ni hablarte.

—¡Pobres hijos míos, víctimas inocentes de nuestra ceguedad! ¡Bien me decian mis padres!...

—Tus padres? Pues á fe á fe que no se desvelan hoy por auxiliarte.

—¡Oh, no los injuries! Pobres y venerables padres míos, que desde el primer momento me hicieron ver los peligros á que me lanzaba contrayendo un enlace irreflexivo desde el punto en que carecia de medios para soportar las más perentorias necesidades personales. ¿Qué dirías de mí, si á mi vez, acusase á los tuyos por haber dado al olvido los compromisos que voluntariamente se brindaron á sostener, teniéndonos á su lado?

—Diria que los cumplieron hasta donde les fué posible... pero ya ves... no es lo mismo sostener las necesidades de dos personas que las de cinco, porque estos tres hijos consumen un capital.

—Y bien, ¿qué hacer? No tenemos ya nada de que echar mano. Hemos empeñado lo poco que constituia nuestro tesoro parafernál. ¡Oh, bien decian mis padres!

—¡Vuelta con los padres! ¿Qué culpa tienen los padres de la insensatez de sus hijos? ¿Qué padre, que tal nombre merezca, no anhela para sus hijos el mayor grado de felicidad posible?

—Es verdad, dices muy bien; pero es tan rebelde la miserable condicion humana, que rara vez se aviene á confesar sus culpas. En fin, ahora lo que importa es salir del atolladero; tengo una esperanza... voy á salir... Cuento aún con la generosidad de un amigo, que en mejores dias...

—¡Ay, Miguel, cuentas con los amigos! Dios quiera que no pruebes la amargura de una decepcion.

—Quién sabe; no es el mundo tan malo como le juzgan los pesimistas. Espérame confiadamente; tardaré muy poco.

—Pero, oye, no salgas así, hace un día cruel; ponte siquiera mi toquilla de lana, á manera de faja.

—Nada temas; miétras me falte todo, me sobrá la salud: si estuviera en condiciones de comprar una finca, tendria á estas horas una *arthritis* que no me dejaria mover. Conque ánimo, y hasta luego. ¡Ah, chiquitos, un beso bien sonoro! Ahora... ¡que Dios vaya conmigo!

—Anda, anda, y qué paso lleva don Miguel por la escalera.

—¿Quién?

—El vecino del número 3.

—¡Ah, el marido de doña Pura!

—El mismo.

—Pobrecillo, y va á cuerpo con el *gris* que corre.

—Pues mire usted, todavía me parece maravilloso que tenga cuerpo un hombre que no descansa ni un momento.

—Verdad que el infeliz se desvive por sostener á su familia.

—Hace un instante me pareció oír, así como que reñía con su mujer.

—Es natural, donde no hay harina...

—Tiene muchos bemoles esto del matrimonio, cuando falta lo más preciso.

—¡Ay hija, y cuando no, también!

—Mire usted, yo he leído, no recuerdo dónde... pero sí, estoy segura de haberlo leído... que el estado matrimonial tiene muchos puntos de semejanza con aquel en que se encontrarían un pájaro y un pez, metidos en una cesta.

—No lo entiendo.

—Pues es muy sencillo: meta usted un pez y un pájaro en una cesta. Miétras la deje usted al aire libre, vivirá el pájaro, pero se morirá el pez; métele usted en el agua, y vivirá el pez, pero se morirá el pájaro.

—Eso es verdad.

—Pues ahí tiene usted.

—De suerte, que segun esa regla, cree usted que el matrimonio es un estado que origina siempre graves contingencias.

—Y tanto; desde muy antiguo se ha dicho que no hay peor cosa pue hombres y mujeres.

—¿Sí, eh? ¡pues dónde me deja usted los caseros!

A la terminacion de este diálogo, aparecia Miguel



en su habitación, tosiendo, y demostrando en todo su exterior la impresión del frío recibido; pero sonriente y animado por la más expresiva de las alegrías.

—¡Vitor...! ¡Vitor...!—exclamó al hallarse frente á su mujer:—¡mis presentimientos han resultado ciertos!—añadió, dejándose caer sobre una silla, y haciendo esfuerzos por reprimir la tos que le ahogaba.

—¿Qué dices?... ¿por qué esa alegría?... ¿qué sucede?...—le preguntó ansiosamente su mujer.

—Digo, querida mía, que es una gran verdad eso de que, Dios aprieta... pero no ahoga; digo que mis esperanzas se han realizado... y en condiciones que nada dejan que desear; digo que he acudido al habilitado del ministerio, y que este hombre generoso y nobilísimo ha tenido la bondad de anticiparme, á descuento mensual sobre mis pagas, la suma de dos mil reales.

—¡Dos mil reales!... ¡oh fortuna! como felices, por el momento. Ahora sí que me permitirás comprar el *boa* que tanto he deseado, y tanta falta me hace.

—Pues no he de permitirte, mujer? Comprate, no digo yo un *boa*, sino hasta un cocodrilo si lo necesitas.

—¡Ah! y oye, ahora esteraremos, y compraremos una lámpara para el comedor, ¿eh?...—

—Mira, eso ya me parece superfluo; lo interesante es que comamos, aunque sea á oscuras, y sobre todo, bien caliente y pronto, porque me siento desfallecido, y esta tos va en alarmante progreso; siento una opresión en los pulmones, un malestar general, creo que tengo calentura.

—¡Dios mío! ¿No faltaba más sino que ahora enfermases? Mira, sobre todo, voy á prepararte una buena taza de *té*, es indispensable que entres en reacción, procurar á todo trance que sudes; yo saldré mañana á ocuparme de cuanto nos interesa hacer; se hará todo, sí; Dios no abandona nunca á los buenos.

Y Pura entró en la habitación inmediata para disponer á su esposo el sudorífico, con el cual contaba restablecerle.

Desgraciadamente aquel remedio había de ser ineficaz.

Miguel estaba atacado de pulmonía fulminante.

EDUARDO SACO.

## POMPEYA

### LA CIUDAD DESENTERRADA

NOVELA HISTÓRICA

(Continuación)

Aquel hombre de rostro severo y lengua barba gris, era Arrio Diómedes.

Tras él venían los esclavos de la casa.

—¡Desgraciada!—repitió el anciano, contemplando á su hija con ira y compasión á la vez.

—Déjame, ¡oh padre!—dijo ésta,—y no vengas á acibarar mi dicha con tus palabras severas! ¡Yo he nacido para el amor!

—¡Más me valiera haberte ahogado en el momento en que abriste tus ojos á la luz del día!—exclamó Arrio Diómedes con la mayor amargura.

—¡Perdónala, señor!—se atrevió á decir Lucio Floro, sosteniendo á su amada.—¿No ves que apenas puede respirar?

—¿Qué la perdona dices?—prosiguió el anciano con severidad.

¿Y su alma? ¿Su pobre alma, que manchada de innumerables torpezas, va á comparecer impenitente ante el Creador?

Arria lanzó un angustioso grito, que revelaba la gran presión de su pecho.

—¡Lúcio! ¡Mi buen Lúcio!—murmuró con angustia.—¡No me abandones!...

El poeta prorumpió en un amargo sollozo, y estrechó entre sus brazos á la joven.

El mayor espanto se retrataba en el rostro de los esclavos.

—¡Arria, hija mía!—gritó el anciano con una voz que parecía salir de un sepulcro;—aprovecha estos momentos que el cielo te concede, piensa que luego será tarde.

Los dioses que tú adoras, son demonios destinados á excitar las más torpes pasiones.

Sólo Jesús, Dios único y verdadero, tiene poder suficiente para borrar tus pecados.

—Hé aquí el signo de nuestra Redención.

Y al decir esto, el severo nazareno presentó á su hija un pequeño y tosco crucifijo de madera.

—Sólo adoro á Venus, á la amable Venus,—repitió la joven;—¡oh madre del amor!... ¡yo muero!

—¡Hija querida,—prosiguió Arrio Diómedes adelantando hacia ella;—¡soy el padre que te engendró! ¡atiéndeme!

¡Un acto de contrición puede salvarte!

¡Estrecha mi mano, esta mano que te acaricié tantas veces; vierte una lágrima de verdadero arrepentimiento, y el Divino Jesús te recibirá en su seno!

—Padre mío!... Lúcio! Yo te amo!...

Estas fueron las últimas palabras de Arria Marcella.

Su garganta se hinchó; sus brazos y sus manos se crisparon de un modo violento, y arqueando su flexible cuerpo con fuerza extraordinaria, se desprendió de los brazos de Lucio Floro, cayendo pesadamente en tierra.

El poeta lanzó un gemido de dolor.

Después se precipitó sobre el cuerpo de su amada, y estrechándola fuertemente contra su seno, prorumpió en amargos sollozos.

Aquellas quejas de acerbo dolor, me destrozaban el alma.

A cada una de ellas contestaba un punzante latido de mi corazón.

Por último, los sollozos del tierno poeta fueron debilitándose por grados, hasta cesar completamente.

Lucio Floro también había dejado de existir.

Casi todos los esclavos allí reunidos espiraban al mismo tiempo, agitándose con horribles convulsiones de corta duración.

Yo aguardaba la muerte por instantes, maravillándome mucho de respirar aún, en medio de aquella atmósfera pesada y sofocante, que producía una muerte casi instantánea.

Arrio Diómedes, entre tanto, sollazaba fuertemente.

Arrodillóse al lado del cadáver de su hija, y cogiendo su hermosa cabeza con ambas manos, la besó en la frente:

—¡Muerta!—exclamó;—¡muerta en la impenitencia final!

Durante largo rato le oí murmurar con voz sorda, tiernísimas y conmovedoras plegarias á su Dios, pronunciando de vez en cuando el nombre de Arria.

Después inclinó la cabeza sobre el pecho, y dejó caer pesadamente los brazos á lo largo de su cuerpo. Luego... ¡nada!... ¡la muerte había hecho otra presa!

¡Únicamente yo existía aún!

El natural instinto de conservación, me obligó á salir de mi escondite.

Sentía vértigos, y un terrible ardor me abrasaba la garganta.

## VINDICACION

Madrid 12 de Diciembre.

Señor Marqués de Torneros.  
Excelentísimo alcalde  
Presidente, viudo y dueño:  
Deploando la ocasión  
De ver á vuecencia inquieto  
Y próximo á dimitir  
En vista del clamoreo,  
Que alza la opinion unánime  
Contra el digno Ayuntamiento.  
Por si gustaron ó no  
Los concejiles festejos,  
Juzgo deber del amigo  
Presentarme en campo abierto  
A demostrar á quien quiera  
Que ose recoger el reto,  
Que vuecencia es un alcalde  
De tres costuras ¡lo ménos!  
Y que cada concejal  
Vale, sin tomarle á peso,  
Lo que han costado á Madrid  
Los consabidos festejos.  
Y si no... ¡vamos á cuentas!  
Ya que vuecencia es tan bueno  
Que ni siquiera ha querido  
Ponerlas de manifiesto,  
Por delicadas razones  
Que yo aplaudo y... no respeto,  
¡Vamos á ver!... ¿quién murmura?  
¿Quién es el faltó de seso,

O el menguado que se atreve  
A sospechar gatuperios  
En la inversion de los fondos  
Que empleó el Ayuntamiento  
En solemnizar las fiestas  
Del último enlace régio?  
Pues ¿cuándo? ¿con qué ocasion?  
¿En qué sitio, y en qué tiempos,  
Admiró la villa y corte  
Los farolillos sin cuento  
Que de la Plaza de Oriente  
Hacian *Edem* moderno,  
Dando á sus desnudos árboles  
El *archi-artístico* efecto  
De decoracion de selva  
Con tomates y pimientos?...  
¿Saben los murmuradores  
Los inauditos esfuerzos  
Que fué preciso emplear  
Para lograr tal objeto?...  
Pues sepan los que lo ignoren  
Que hubo que acudir al pueblo  
De *Pinto*, para obtenerles,  
¡Y á subidísimo precio!  
¿Saben los que hoy cacarean,  
Por mal llamado despecho,  
De haber visto los billetes  
Revendidos sin secreto,  
Cuántos tuvo para sí,  
Cada concejal? Pues fueron  
En junto y monton, señores,  
¡CIENTO OCHENTA! ¿Cabe ménos?...  
Es preciso hacerse cargo  
De que, con todo y con eso,  
Hay más de dos concejales

A quienes obliga el *gremio*  
Con mayores compromisos  
De los que parecen serlo!  
Y esto se demuestra pronto:  
Acuérdense del *Concierto*  
Dado en el Teatro Real:  
Allí, con decir... ¡*Maestro!*  
Veía usted á todo el mundo  
Alzarse de sus asientos.  
¿Y el *kiosko* de la plaza  
De Anton Martin? No hizo bueno  
Cuanto ofrece el arte antiguo  
¿Entre romanos y griegos?  
¿Valió más el *Parthenon*?  
¿Valió más el *Colosseo*?  
¿Tiene *Palmira* en sus ruinas  
Detalles más pintorescos?  
No fué el *kiosko* á la altura  
De cuanto en su amor inmenso  
Supo ofrecer *Arthemisa*  
A su esposo *Maussoleo*?  
Y en cuanto á lo de las músicas  
Y los tablados aquellos,  
¿Es tan fácil reunir  
De golpe tanto *maestro*,  
De los cuales el que más  
Contó diez años lo ménos?  
Ya hubieran querido Faccio  
Botessini y Smaréncko,  
Barbieri, Vazquez, Breton,  
Y Stráuss y Monasterio,  
Haberse visto á su frente  
De directores al *cémbalo*.  
Pues, ¿y el teatro Español?...  
¿Cuándo vió Madrid un lienzo

En que estaba Calderon  
Con el aceite hasta el cuello,  
Y Ventura de la Vega  
Parecia el *Regatero*?

¡Que se ha vendido los bonos!

Que se ha pagado con ellos  
Mozos de cordel, modistas,  
Comilonas y cocheros.

¡Eso se dice muy bien  
Y hasta es muy fácil creerlo!

Mas un día llegará,  
Si llega, que no lo espero,

En el que dará sus cuentas  
El ilustre Ayuntamiento,

Y allí verán los mordaces,  
Cómo con todos sus pelos

Y señales, se acredita  
Con nombres y parentescos,

Los de quienes atestigüen  
Que tal limosna obtuvieron.

No parece sino que  
Con dos tristes *milloncejos*,

Hay para dar y guardar  
En los dias que corremos.

Llegará el de la justicia,  
No ha de llegar, ¡vive el cielo!

Y entonces sabrá Madrid...  
Lo que supiere, y *laus deo*.

¡Nada pues de dimisiones!  
¡Quieto todo el mundo, quieto!

Que aquí el furor pasa pronto,  
Y el que se ofende es un nécio.

DIÓGENES.



Un ruido ténue y pausado que estaba oyendo hacia algún tiempo, me distrajo al fin de mi dolorosa contemplación.

Alcé la cabeza, y vi descender por la escalera de la cueva un objeto largo y negro, que adelantaba con lentitud.

¡Ay de mí! ¡era la implacable ceniza, la ardiente ceniza del fuego del infierno, que después de invadir por completo el piso alto de la casa, descendía hasta la cueva, silenciosa y aterradora como la muerte, de quien era fiel mensajera!

¡Cogí mis hojas de papiro y mi cajita, y me puse á escribir al lado de Arria Marcella!

¡Quiero terminar esta sencilla y dolorosa historia

Cogí la jarra de plata en que un momento antes había bebido mi señora, y humedecí mis labios en el vino que aún contenía.

No tardé en experimentar un gran alivio.

¡Después me acerqué á Arria Marcella, y me puse á contemplarla con adoración, con dolor supremo!

La muerte había contraído sus facciones; pero sin conseguir desfigurar aún su rostro hechicero.

¡En sus ojos, extremadamente abiertos, aparecía una expresión casi feroz!

—¡Oh, único amor de mi vida!—exclamé;—¡dentro de poco no serás más que polvo!

¡De tus labios hermosos no saldrá ya más aquel acento armonioso que hacía latir mi corazón!

¡Muerte cruel! ¿cómo te has atrevido á destruir tanta belleza?

¡Mis lágrimas cayeron durante largo rato sobre aquel cadáver adorado!

¡Loco de amor y de pena, besé repetidas veces los ojos, los labios, y la frente pálida y fría de Arria Marcella!

He escrito mucho.

La ceniza descende cada vez con más abundancia por la angosta escalera.

Parece un río negro.

¡Sus ardientes oleadas adelanta hacia mí, y me abrasan implacables!

¡El aire se enrarece cada vez más!

¿Cómo existo aún?

No puedo explicármelo.

La antorcha continúa alumbrando este cuadro de desolación; pero empieza á oscilar á causa de la falta de aire.

He creído que se movía el cuerpo de Arria...

¡Vana ilusión! Es la ceniza que adelanta, adelanta siempre hasta nosotros, con negras ondulaciones, Puse sobre mis rodillas la cabeza de mi señora, y continué escribiendo.

...  
¡Ay, ya era tiempo!...

¿Qué hacía yo aquí... viviendo en medio de tantos cadáveres?

¡La ceniza ennegrece mis manos!...

¡Mis ojos se nublan, y ya no distingo el rostro celestial de Arria!...

No importa: ¡lo tengo bien grabado en mi pensamiento!

¡Pronto, pronto!... ¡terminemos!... ¡Me ahogo!

¡Voy á morir!... ¡Aire, un poco de aire! ¡oh... dioses implacables!...

¡Doblaré apresuradamente las hojas... cerraré la caja, y mi último suspiro será para... Arria Marcella!...

## CAPÍTULO XXVIII

### Conclusion.

El cuadro de horror y de lágrimas descrito por el esclavo Aclades, interesará, á no dudarlo, á la mayoría de nuestros lectores.

Alguno habrá entre estos que deseará conocer algunos pormenores más acerca de la catástrofe de Pompeya. Es muy justo; lo mismo nos ha sucedido á nosotros.

Oid por lo tanto á Plinio el joven, testigo ocular de esta catástrofe:

«Yo me había embarcado,—dice,—á fin de evitar las iras del volcán. Preveía la total ruina de Pompeya, y ¡ay! no me equivocaba.

El navio en donde me guarecí iba á salir para Gades; pero el piloto no se atrevía á hacerse á la mar, á causa de lo embravecido de sus olas.

Durante cuatro días he visto caer sobre Pompeya una verdadera lluvia de fuego.

¡Desgraciada ciudad!

Cuando tu verdugo hubo completado su obra de destrucción, se apaciguó de repente.

Algunas horas después, calmada totalmente la naturaleza, el mar se fué aquietando poco á poco; un viento ligero refrescó la atmósfera, limpiándola al mismo tiempo de las nubes que la cubrían, y un

sol brillante vertió sus rayos sobre el fúnebre manto que cubría á Pompeya.

¡En vano buscan mis ojos sus muros coronados de torres; sus hermosos edificios con sus pórticos de mármol, y sus estatuas y sus jardines frondosos!

¡Todo ha desaparecido!

Yo, que presencié la horrible agonía de esa pobre ciudad, vierto lágrimas de amargura al pensar en su triste destino.

¡Hace pocos días todo era allí placeres, animación y alegría, y hoy ni aún sus ruinas se divisan!...

¡Hé aquí cómo sucedió la espantosa catástrofe!

Unos cuantos días antes de la erupción empezaron á sentirse grandes temblores de tierra, que eran otros tantos presagios del drama que iba á realizarse.

Las fieras encerradas en el Anfiteatro se negaban á devorar su ración de carne cruda, y rugían tristemente.

El calor era excesivo, y la mar estrellaba sus olas enfurecidas contra las arenas de la playa.

De cuando en cuando la montaña arrojaba espesas bocanadas de humo.

Brillaban en su cúspide relámpagos vivísimos, que competían con la luz del sol, ménos clara que de costumbre, y de sus recónditas entrañas se escapaban mugidos horribos, estallidos sin cuento.

Aterrados los habitantes de Pompeya, no vacilaron en creer que iba á tener lugar una escena terrible, y en su mayor parte huyeron precipitadamente.

A. DE SAN MARTIN.

(Se continuará.)

## VARIEDADES

Un soldado de altos bríos

Muriéndose, así decía:

«Item: es voluntad mía

Que los camaradas míos

Me lleven en ataúd,

A quienes quiero se dé

Treinta reales, para que,

Los beban á mi salud.»

Solución á la charada del número anterior.

MAN-TE-RO-LA.

Imp. de E. Rubiños, plazuela de la Paja, núm. 10.

Precio de los anuncios: 4 rs. la línea en las dos ediciones.  
M. J. del Perojo, 41. Fg. Montmartre, PARIS.  
Único agente en Francia.

## ANUNCIOS

Tirada de la ILUSTRACION UNIVERSAL, 23.000 ejemplares.  
Para todos los anuncios de España, dirigirse á la  
ADMINISTRACION, calle de Villalar, 6, MADRID.

URBANO MANINI, EDITOR  
BIBLIOTECA DE LUJO

OBRA NUEVA

## NIÑERAS Y SOLDADOS

NOVELA FESTIVA POR

DOMINGO DE SANTOVAL

DEL MISMO AUTOR

El millon de Solomo.

Siete semanas en burro.

Los viejos verdes.

Los manchegos en el polo Norte.

VIZCONDE DE SAN JAVIER

El invisible.

La loca del Buen Retiro.

Tres años en Fernando Póo.

Don Juan el Tuerto.

La Manola de Lavapiés.

La novicia de las huellas.

Para recibir cualquiera de estas obras, remitir cuatro reales en libranza ó sellos á D. Urbano Manini, editor, Villalar, 6, Madrid.

## LA ILUSTRACION UNIVERSAL

AVISO Los señores suscritores de provincias cuyo abono termina en el próximo número

91 se servirán remitirnos sin pérdida de tiempo el importe de otro año de suscripción, ya sea en una libranza ó ya bien en sellos de franqueo si careciesen de Giro Mútuo en sus localidades.

Al renovar de este modo su suscripción por otro año, se servirán acompañar una de las fajas impresas con las cuales han recibido nuestro periódico; y si alguna equivocación, tanto en el nombre como en las señas, hubiese existido en dichas fajas, se servirán corregirlas con toda claridad á fin de rectificar las que nuevamente se impriman.

CALLE DE VALVERDE, 3 FARMACIA DE ALBARRAN ANTIGUA DE COLLANTES

## ESENCIA YODURADA DE ZARZAPARRILLA

Es la misma que preparaba en su oficina mi profesor, el acreditado farmacéutico de esta corte, D. José Villegas Valderrama. Necesaria á los convalecientes de afecciones herpéticas, sifilíticas ó venéreas, principalmente cuando se han tomado con exceso preparados mercuriales ó estos no han sido bien administrados. Destruye el virus venéreo y es un excelente depurativo de la sangre.

Precio, 8 rs. frasco. Sin yoduro, 6 rs.

## GRAN LAMPISTERIA DE M. RIAZA

Fuentes, núm. 1.

## VERDAD EN BARATURA

En este Establecimiento se venden los géneros de lampistería, utensilios de cocina, tubos, mechas, bombas, pantallas, jaulas, y aceite mineral por cuartillos y por latas.—Se lleva á domicilio.

VENID Á ESTA CASA Á COMPRAR BARATO

## TRABAJO NACIONAL

MARCA F. L. T.

Fábrica de galleta fina, estilo americano, más barata y mejor que la inglesa. Cajas elegantes para su envase y condiciones alimenticias inmejorables.

LUNA, 20, MADRID

30 reales caja de 4 libras. 8 reales la de una.

## VALVERDE, 22

Marcos de talla, antiguos y dorados.

SE VENDE UN APOSTOLADO.

E. JIMENEZ SCHLACHTER

constructor de muebles de ebanistería y tapicería.

Hortaleza, 50.

## CORONAS

pensamientos, monturas para sombreros

VALVERDE, 6, Gualterio Kuhn.

FARMACIA.—Se vende en Madrid, razon, Magdalena, 38, 2.º derecha.

## EN EL TRATADO DE HYGIENE

la opinión espuesta por el

Doctor Q. BEVILL

es que para evitar ó curar las Enfermedades de la Piel, tales como Rugosidad, Grietas, etc., conviene usar el

## JABON-ORIZA

El mas fino, el mas dulce y el mejor perfumado

L. LEGRAND, único Fabricante

207, Rue St-Honoré, 207

En todas las Perfumerías de Francia y del extranjero.

EXIGIR LA MARCA DE FABRICA

SE NECESITA UNA COCINERA joven, para una casa de poca familia. Ha de saber bien su obligación y tener irreprochables informes. Será bien pagada y tiene poco que hacer.—San Marcos, 24, carbonería, darán razon.

VENTA DE SOLARES.—Al contado y á plazos se venden en el barrio de Salamanca, de 3 á 5 rs. pie, y desde 2000 pies en adelante.—Razon, Hortaleza, 7, 2.º y plaza Mayor, 14, tienda, de dos á cinco.

COBRADORES.—Para tranvía hacen falta dos y se gestiona toda clase de colocaciones y asuntos. El activo agente don José Heliodoro Bernat. Infantas, 3, principal, Madrid.

SE VENDE EN CUATRO MIL Duros una casa en la calle del Cardenal Cisneros: produce 5.000 rs. libras. Razon, Infantas, 26, piso 4.º De 8 á 10: días no festivos.

POR 500 REALES SE VENDEN los enseres de una fábrica de jabon, enseñando al que los compre. Fuencarral, 18, 2.º izquierda.

LICENCIADOS DEL EJERCITO y reclutas, se desean para sustitutos.—Escalinata, número 17, tienda.

HACEN FALTA BUENAS preparadoras y maquinistas eu blanco. Callejon de las Minas núm. 7, pral.